

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 4 DE NOVIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.206

NUEVAS INVESTIGACIONES
LITERARIAS

COMEDIANTES QUE TRABAJARON CON SHAKESPEARE



Es sabido que hasta 1654 no hubo actrices en Inglaterra, si puede establecerse tal data el hecho de que se presentase en los tablados de Londres mistress Coleman, interpretando un papel insignificante, como comparsa, en *El asedio de Rodas*, de D'Avenant, el sedicente hijo de Shakespeare, según confesaba cuando tenía dos copas de más en el cuerpo... No querían los ingleses mujeres en escena. Los puritanos se apoyaban en un pasaje del *Deuteronomio* (XXII, 5) para proscribirlas; y el cascarrabias de Nashe jactábase, en un folleto publicado en 1592, de que los actores de su tiempo no fueran «como los cómicos del otro lado del mar, pícaros que empleaban meretrices o bajas cortesanas para representar los papeles de mujer». Aludía a nosotros y a los franceses.

Esto anotado, no hay que decir que las dos compañías en que trabajaba Shakespeare (de las ocho a la sazón actuantes en Londres), componíanse de hombres solos, y que las incomparables Julieta, Desdémona, Ofelia y Mirandas alentaron por primera vez a vida inmortal en corazones masculinos.

Pocas noticias constan de los veinticinco actores, compañeros del príncipe de los poetas, cuya lista figura en los prolegómenos del venerable infolio de 1623. Pero algo podemos ofrecer al lector. No disponía entonces el comediante, como ahora, de mil trompetas que pregonasen su fama.

La profesión odiábase aún más en Inglaterra que aquí en la Península. Por cualquier causa, por el capricho más baladí, cerrábanse los teatros. El propio Shakespeare aborrecía el oficio, y deplora en sus *Sonetos* que tenga que llevar las marcas de su trabajo del color de las manos de los tintoreros. ¡Negra, fea, foul profesión! Así que pudo, dejó de representar, aunque no de escribir, y atendió a labrarse una vejez tranquila, empleando su dinero en negocios productivos, muy ajenos a su arte. Pero el Destino, que había decretado que, pues máximo poeta, como poeta debía vivir (y no en medio de aquella fortuna fabulosa que se había creado), cortó su vida, no bien se dispuso a gozar de ella.

De documentos hallados por C. W. Wallace, en 1909, resulta que la empresa del teatro *The Globe*, la propiedad del cual era de Brend, pertenecía en su mitad a los hermanos Burbage, y por catorce partes a Shakespeare, Phillips, Poole, Kempe, Condell y Ostler, todos ellos actores. En 1608, Burbage, propietario de «Blackfriars», reservóse también la empresa de éste, que repartió por setenas partes entre Shakespeare, Heminge, Condell, Slye, Evans, Cuthbert Burbage y él. Los comediantes de «El Globo», que estaba fuera de la jurisdicción del Batlle de

Londres, en Southwark, ribera sur del Támesis, denominábanse «Criados de Su Majestad». De algunos de éstos apenas hay noticias, como ocurre con Nicolás Tooley, Jorge Bryan, Guillermo Ecclestone y Samuel Gilburne. De otros, escasísimos detalles, como de Juan Rice, que representó papeles insignificantes; de Samuel Crosse, a quien se da por fallecido en 1600; de Juan Shancke, cómico de tercer orden, autor de una comedia ofrecida al público de «Blackfriars», y de Roberto Goughé, que representó largo tiempo caracteres femeninos.

No muchas más referencias constan de Guillermo Ostler, intérprete, como el anterior, de almas femeninas, y de Ricardo Cowly, comediante de segundo rango, por cuanto fué el «Verges» de *Much ado about nothing*. Tampoco debió de ser Tomás Poole actor de gran cuenta, pues de la *Apología* de Heywood se deduce que salió de clown en una obra shakespeariana. Falleció en 1600. Tal podemos decir de Roberto Benfield, que aún vivía en 1647 y firmó con otros actores la dedicatoria de la edición folio de las piezas de Flecher. E igual de Ricardo Ro-

binson (quizás hermano del Juan Robinson que habitó la casa que tenía Shakespeare en Londres, junto al Guardarropa). Sirvió en el ejército del rey y fué muerto en cierta ocasión por un tal Harrison, a quien en seguida ahorcaron en Charing-Croov.

Algo mejor que los precedentes fué Guillermo Slye, accionista de «Blackfriars», como ya hemos visto. Distinguióse en el «Osrico» de *Hamlet*; pero debió de encarnar personajes de mayor importancia. En una licencia otorgada en 1603 aparece su nombre al lado del de Shakespeare. En 1612 se le da por difunto. Del mismo orden era Roberto Armín, que, como Shancke, tenía pujos de comediógrafo, y escribió *Las dos jóvenes de Mortlake*. Comenzó de aprendiz de orfebre (nuestro Lope de Rueda fué batihoja); pero abandonó el oficio y el taller de su amo, sito en Lombard-Street, y debutó en «El Globo».

Tres cómicos excelentísimos, a cuyo cargo estuvieron los más trascendentales papeles de mujer, fueron Alejandro Cooke, Nathan Field y Juan Underwood. El primero creó los tipos de Julieta, Cleopatra y otras heroínas. Del último, escribe Fleckno, en un estudio acerca del teatro inglés, que era comediante eminente. Falleció a fines de 1624.

Llegamos ahora a los grandes actores William Kempe y Juan Lowine. Tuvo en ellos Shakespeare los dos intérpretes más admirables de sus tipos graciosos. Cuando nuestro dramaturgo arribó a Londres, gozaba ya Kempe de gran reputación. Tres o cuatro años después, en 1589, el antes citado Nashe, en un folleto titulado *Una almendra para un loro*, se halla la siguiente dedicatoria: «Al más ilustre de los cómicos, mister Kempe, tendero de chistes y viceroyente general de la sombra de Dick Tarleton.» Creó los papeles de «Dog-



PAYESA DE IBIZA.—CUADRO AL ÓLEO, POR SANTIAGO MARTÍNEZ

Ayuntamiento de Madrid

berry» en *Mucho ruido y pocas nueces*, el del escudero «Pedro» en *Romeo y Julieta*, el del juez «Shallow» en *Las alegres casadas de Windsor*, el de «Lanceloto» en *El mercader de Venecia*, el de «Touchstone» en *As you like it*, el de «Launce» en *Los dos hidalgos de Verona*, y, en fin, el del primer clown-sepulturero en *Hamlet*, tipos de suma gracia en el original, ahogada a consecuencia de sus innumerables cuanto intraducibles retruécanos, anfibologías y toda clase de juegos de palabras en las versiones. Murió en 1609. Respecto de Lowin, sábese que nació en 1576, aunque se ignora la fecha de su muerte. Era inimitable en «Falstaff», y representó también el personaje de «Enrique VIII», y asegurase que asimismo el de «Hamlet».

Restános hablar de los íntimos de Shakespeare, a la vez los más insignes actores, como Agustín Phillips. Elógianle sobremedera los dramaturgos del tiempo. Ignórase qué tipos shakespearianos interpretó. En *Los siete pecados capitales*, curiosa obra de Tarleton, hizo de «Sardanápalo», obteniendo un resonante triunfo. Escribió, también (mejor que Armin y que Shanche) y registró en 1595, en el Stationer's Books, una comedia llamada *The Jigg of the Slippers*. Desconócese el año de su nacimiento. Haywood, en la citada *Apología de los actores*, señala que había muerto en 1612.

Viene en turno José Taylor que, según Wrich (*Historia Histriónica*) «representó soberanamente» Shakespeare, en sus últimos años, le confió el papel de «Hamlet». Era entonces muy joven y apenas tenía competidor. Ansioso de mayor renombre y provecho, y ya retirado Shakespeare a su villa natal, en 1614, formó compañía (la de los *Servidores de Lady Elisabeth*); pero hubo de irle mal en el negocio, por cuanto se disolvió aquella y él retornó al lado de sus antiguos compañeros. Fallecidos Shakespeare, Burbage, Heminges y Cundell, unióse con el referido Lowin y Eliard Swanton (cómo éste ajeno a los asociados de Shakespeare), para explotar la «Compañía del Rey». Nació hacia 1593, y murió, si hemos de creer a Fleckno, a los sesenta años.

Con reconocimiento y veneración alguna hemos de citar aquí a Juan Heminges y a Enrique Cundell o Cundell, los dos actores de la predilección de Shakespeare, a cuya piedad, a cuyo cariño entrañable, se debe la magna empresa de la publicación del folio de 1623, primera edición completa, con las 35 piezas, entre comedias, tragedias e historias, del divino Guillermo. Improbable trabajo les costó el coleccionarlas. «Nadie nos envidie—dicen—esta labor.» ¡Sin ellos no existiría Shakespeare! Ved lo que significan y cómo debemos descubrirnos al pronunciar sus nombres. Eran, por otro lado, cómicos eminentísimos. De sus vidas, por desgracia, faltan detalles. De Cundell, que, como sabemos, era accionista de «El Globo» y de «Blackfriars», hay pocas noticias de interés, salvo su testamento, fechado en 1627. Algo más se sabe de Heminges. Parece que fué oriundo de Shottory, en el condado de Warwick, aldea donde nació la mujer de Shakespeare, Ana Hathaway, a escasos kilómetros de Stratford, pueblo del poeta. En tal caso, sería compatriota del dramaturgo. No han podido hallarse rastros de él en Saint-Mary's Aldesmanbury, parroquia en que vivía. Cuando habla de él Ben Jonson, siempre le dice «el viejo Heminges». Gozaba de mucha autoridad entre sus camaradas. Todos los pagos hechos a los cómicos por el tesoro de la Cámara real, de las representaciones dadas en la corte, figuran a nombre de «John Heminges y sus compañeros». Rindió su tributo a la Naturaleza en 10 de octubre de 1630,

y como quiera que este año fué uno de los en que la peste causó mayor número de víctimas, sospéchase que muriese de tan terrible enfermedad; pero él debía de ser octogenario.

Tócanos tratar, por último, del más eminente de todos los actores, de Ricardo Burbage, el Roscio de Inglaterra. Nació hacia 1570, tal vez en Shottory, como Heminges, o en alguna otra villa inmediata a Stratford, por lo que era, asimismo, compatriota de Shakespeare. Aseguran autores que al hecho de ser de una misma región o condado Heminges, Burbage, Greene y Shakespeare, debió éste el inclinarse a la profesión de actor. Posiblemente unos y otros fueran amigos de juventud, de aquella juventud disipada de nuestro dramático... Burbage vivía en Holywell-street, parroquia de San Leonardo, en cuya iglesia recibió sepultura, al decir de Camden, el 16 de marzo de 1619. Hacia 1600 casó con Winefrid, de cuya esposa tuvo cuatro hijas. Su testamento lleva fecha de 12 de marzo, viernes, de 1608. En él dice residir en el sitio indicado, en Shore-ditch, condado de Middlessex. Fué en su juventud pintor. A él se debe uno de los retratos tenido por de Shakespeare. Pero abandonó la pintura y profesó de actor, que era el oficio de su padre, Santiago. Burbage se hizo célebre interpretando los papeles del «Rey Juan», de «Ricardo II», de «Ricardo III», de «Enrique VI», de «Timón de Atenas», de «Bruto», de «Coriolano», de «Macbeth», del «Rey Lear» y de «Othello». En prue-

ba de amistad profunda, a Burbage, a Heminges y a Cundell les dejó Shakespeare en su testamento veintiséis chelines ocho peniques «para que se compraran sortijas».

Tal es cuanto viene a saberse (pues hay muchos documentos espurios, malhadadas falsificaciones modernas que en alta crítica no poseen valor alguno) acerca de los compañeros de Shakespeare e intérpretes de sus obras.

De una vez para siempre ténganse a quienes niegan la existencia del sublime dramaturgo, o la paternidad de sus producciones, o creen su vida una colosal mixtificación; a todos esos que andan con «trazas», criptógramas y juegos de anagrama; a los que citan los nombres de Bacon, de Derby, etc., como rematados mentecatos, ignorantes o enfermos de exhibición, cuando no infames impostores.

Y preguntará ahora el lector: ¿qué tal era Shakespeare como cómico? No debió de sobresalir, podemos asegurar. Ya hemos indicado que aborrecía el oficio. Y Teófilo Cibber, que algunos años después de su muerte recogió tradiciones y era comediante en 1621, lo deja entrever al escribir que Shakespeare «se distinguió pronto, así no como actor eminente, a lo menos como elegante escritor».

Cuenta Rowe, su primer biógrafo, que brillaba en *Hamlet*, interpretando el papel de la «Sombra», y otros que en el de «Adam» de *As you like it*, tipos, en verdad, de relieve bien poco extraordinario.

Luis ASTRANA MARIN

LOS NUEVOS POETAS LÍRICOS

EL VIEJO DEL VIOLÍN

¡Viejo del violín! Mi viejo amigo
que siempre, en la hora vaga
que precede al triste amanecer de la ciudad,
tocas tu melancólica y antigua serenata.
La noche que agoniza es más noche que nunca
y pone una orla negra a tus patriarcales barbas blancas.
Los luceros se asoman a escucharte
y te buscan, curiosas, sus miradas
por todos los rincones de la calle desierta,
llena de ese silencio que tan sólo tú rasgas
con las notas tan tristemente cursis
de tu vieja y absurda serenata,
que es, por la hora y por ti, sugeridora,
fuertemente simpática.
¡Viejo del violín, para quién tocas
tu vieja serenata?
Yo pienso que tú tienes
cautivos en la caja
de tu violín pájaros,
y que en esta hora vaga,
con la llave del arco los libertas
y a los cielos los mandas.
Ellos salen diciendo
por el aire, en voz alta,
las palabras que antes
les dictara tu alma;
y se van repitiéndolas por el silencio arriba,
para que no se olviden, y, al llegar a los cielos, a los astros cantarlas.
¡Oh!, palabras que dicen todo el horror callado
de tu miseria trágica,
de tu mansa tristeza,
de tu tristeza amarga...
¡Viejo y abandonado, solo y triste!
¿A quién sino a los astros tu dolor le contarás?
¿La gente? ¡Bah! A la gente
tú no le importas nada.
Por eso es esta hora la que eliges
para tocar tu vieja serenata,
que yo, respetuoso, escucho descubierto,
mirando, emocionado, temblar tus barbas blancas.
¡Viejo del violín, mi viejo amigo,
todas las noches te oigo tocar tu serenata!

José Simón VALDIVIELSO

La «escena del sofá» a los ojos de su autor

Es ya el cuarto acto del «Tenorio», en la estancia suntuosa de la quinta que Don Juan posee a orillas del Guadalquivir. En las horas locas de aquella noche de amor y de aventura, Don Juan está viviendo los instantes más bellos y más decisivos de su vida inquieta. Doña Inés es ya prisionera de aquel corsario de amor. Un veneno inefable y dulcísimo se ha infiltrado en su alma, hasta entonces quieta y mansa. Doña Inés siente que el lirio rojo de su corazón, como una rosa más, ha quedado prendido en la gran flor escarlata de la capa de Don Juan.

Levantada ya la cortina, entre el silencio expectante de la multitud, hay unas breves escenas preparatorias del momento cumbre, del momento apasionado, que el público espera ansiosamente. Y la escena llega, en medio de un silencio absoluto, de un silencio de muerte, de un silencio que se oye... Es la célebre «escena del sofá», la de las décimas divinemente absurdas y cálidamente apasionadas, la que hace arrancar siempre, al extinguirse, una ensordecedora salva de aplausos.

¿Qué español no sabrá de memoria unos versos de esta popularísima «escena del sofá»? Vieja siempre y siempre joven, la tan conocida escena ha hecho pasar su emoción romántica ante miles de almas en generaciones diversas. Muchos, acaso, no comprenderán lo que aquel desbordado torrente de versos quiere decir; pero se sienten fascinados y rendidos por la catarata musical que se deshace en armonía y ritmos y palabras y sonoridades. Aquellos versos, al aturdir el oído, aturden el corazón.

Y esta escena cumbre del drama, este exaltado dúo de amor, ¿inspiró a Zorrilla el entusiasmo que posteriormente ha despertado siempre? No. Zorrilla, que por diversas causas tanto censuró y desmenuzó el «Tenorio», hace hincapié especial en esta situación culminante del drama. Y a tal propósito escribe: «En esta situación altamente dramática, aquel enamorado que por su pasión ha atropellado y está dispuesto a atropellar cuanto hay respetable y sagrado en el mundo, cuando él sabe muy bien que no van a poder permanecer allí cinco minutos, no se le ocurre hablar a su amada más que de lo bien que se está allí, donde se huelen las flores, se oye la canción del pescador y los gorjeos de los ruiseñores, en aquellas décimas tan famosas como fuera de lugar...»

Esta es la opinión, un poco cruel, de Zorrilla sobre su popular escena. Le gustan los versos de ella—los versos de Doña Inés, escribe, son «las mejores redondillas que han salido de mi pluma»; pero se desata contra la falta de lógica de aquella situación, en la que las floridas décimas son, según él, una «desatinada ocurrencia»...

¿Tenía razón el gran poeta? Es posible que sí, desde el punto de vista lógico, desde el punto de vista de la verosimilitud... Pero lo lógico y lo verosímil son muchas veces lo menos humano. La multitud se olvida casi siempre de lo lógico, de lo ordenado, de lo recto, y prefiere lo absurdo, lo irrazonado, lo pasional, lo bohemio... Esta es la razón de que la escena del sofá, aun siendo ante los ojos de su autor tan ilógica, absurda y desatinada, sea siempre la que más se adentra en el público, olvidado de la lógica, pero rendido por el torrente de la fantasía y de la pasión que hay en aquellos versos, corazón del drama...

José MONTERO ALONSO



DE NUESTRO CONCURSO
= DE FOTOGRAFÍAS =

PAISAJES DE GUISANDO

EL MÁS BELLO RINCÓN
= DE ESPAÑA =



No; no son desconocidos estos bellos rincones de la abulense tierra; Gredos, con sus picachos soberbios y sus vertientes ásperas y fragosas, tiene una influencia constante en toda nuestra historia; fué mural donde las invasiones se detuvieron, y fué refugio donde muchos capitanes aprestaron sus huestes para partir en busca de guerreras aventuras. El olvido y desconocimiento de estos lugares comienza con el trazado de las vías de ferrocarril, que llevan a las gentes como manada por cañada mestera, siempre por los mismos lugares. Quedaron casi desiertas las carreteras; fueron derrumbándose los mesones y las ventas que había en las lindes de los caminos, donde tanta y tan honrada gente encontró Don Quijote. Acostumbráronse los viajeros a ir de ciudad en ciudad, de corte en corte, despreciando los pueblos y las villas, por donde antaño era forzoso pasar y entretenerse. Data de esta fecha infausta el desdén que los españoles sienten por España; el olvido y abandono en que quedaron los castillos, las casonas señoriales, las colegiatas y abadías, cuanta riqueza artística había por pueblos y por villas; y fué entonces posible que el tiempo carcomiera y derribara los recios muros y las fuertes arcadas, y que se hurtaran y enviaran al Extranjero los cuadros, las esculturas, los libros, los muebles, los artesonados, que eran vivo testimonio de la cultura española.

Ha sido así como estos bellos rincones abulenses, y singularmente estas tierras entre Cebrenos, Quejigar y Navahondilla, que riegan el Alberche, el Gznata y el Beceas, riachuelos preclaros; tierras que recorrieron los reyes de Castilla, pareciéndoles plena muestra de las bellezas



Núm. 19.—... Gredos, con sus picachos soberbios... Lema: RINCONES ESPAÑOLES.

de su Monarquía; tierras que retemblaron con el fragor de las enconadas luchas de los nobles; tierras donde Herre-

ra tuvo la grandiosa visión de las líneas severas, de las proporciones bellamente concordadas, de las moles austeras, de

las fachadas sencillas, de las bóvedas y cimborrios en que la piedra parece perder su pesadumbre, quedarán en olvido y abandono.

Más se conoce a Guisando, aun estando en las lindes de la provincia de Madrid, por sus toros monolíticos de piedra, que esculpiera el ibero, que por sus paisajes grandiosos y sus panoramas de encanto y de misterio. Región fué ésta que amaron los padres jerónimos, grandes cazadores y conocedores de las bellezas que creó Natura. Su monasterio, que llevó el nombre de estos toros milenarios, también ha ido derrumbándose en escombros. Por estos senderos fueron acudiendo los nobles para proclamar reina a Isabel, sin cuyo encumbramiento al Trono no se hubieran escrito las páginas más grandes de la historia hispana.

Un poco tarde, acaso, cuando la incultura, el abandono y la rapiña han arrancado los recuerdos históricos y las obras de arte que engrandecían y ennoblecían estas tierras, vuelven las gentes su mirada a estos rincones de belleza. Fué el ferrocarril quien redujo la vida de España a media docena de caminos. Otro invento mecánico, el automóvil, va extendiendo por todas las viejas rutas abandonadas, por todos los senderos que recorrieron las mesnadas que expulsaron a los moros, la curiosidad y el ansia de saber de las gentes. Y se advierte ahora que la España olvidada y desdeñada, porque quedó lejos de las vías de ferrocarril, está llena de bellezas inmortales; bellezas que parecen ofrecerse a la contemplación del viajero, mostrándole cómo fué pródiga aquí la Naturaleza y pidiéndole un poco de cariño y admiración para su propia patria.



Núm. 20.—... estos bellos rincones de la abulense tierra... Lema: THE LAST.

MINIMO ESPAÑOL

LA REINA DE LAS HORMIGAS

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

En un pueblecito vivía una viejecita, con una nieta suya llamada Lidiana. Esta vieja, que era la más pobre de las mujeres, era, sin embargo, la más rica de las abuelas, pues su nieta valía por todo el oro del mundo.

Lidiana era buena, tan buena, que sólo pensaba en el bienestar de su abuelita y en quererla, mimarla y endulzar los últimos años de su vida.

Era tan trabajadora, que no paraba un momento: ella barria y limpiaba la casita en que vivían; ella labraba y cultivaba su diminuto huerto; ella hilaba la tela para hacer sábanas y ropa; ella cortaba y cosía; ella fabricaba ciertas escobitas muy monas que luego iba a vender, y con el dinero que le daban compraba los manjares—¡el huertecito daba tan poco de sí!—, que guisaba a las mil maravillas.

Además de buena y trabajadora, Lidiana era sencilla, modesta y cariñosa y bella.

Por las noches, después de trabajar todo el día, Lidiana se sentaba a los pies de su abuelita y le contaba cuentos preciosos, porque cuando las abuelas son muy viejas, los nietos les cuentan los cuentos que de ellas aprendieron.

Y un buen día—quiero decir un mal día, un día muy triste—la abuelita cayó enferma, y murió repitiendo desconsolada:

—¿Qué va a ser de ti, mi pobre Lidiana, sola y desamparada?

La niña no contestaba nada, porque no quería quitar a la buena anciana la ilusióncilla de que su amparo pudo serle de alguna utilidad, cuando, en realidad, la amparada era la abuela y la protectora la nietecita.

Pero en lo de que Lidiana se quedaba sola no se equivocaba la pobre vieja. Sola se quedó, y con mucha pena.

Siguió trabajando a todas horas, fabricando escobitas y cultivando su huerto; pero ya sin alegría, porque se le hacía muy triste no tener a nadie a quien cuidar y mimar, nadie por quien abnegarse, nadie a quien contarle los lindos cuentos que sabía.

Una tarde, Lidiana se hallaba sentada ante su puerta, tomando el fresco y aprovechando la ocasión para hilar, cuando, de pronto, advirtió en el camino como una mancha lejana que parecía avanzar hacia ella.

—¿Qué será eso?—se preguntó tranquilamente, pues lo mismo ignoraba el miedo que la curiosidad.

La mancha ya estaba cerca: era negra y larga, tan larga, que se perdía a lo lejos como una cinta inacabable; y entonces Lidiana comprendió que lo que ella había tomado por una mancha eran hormigas, una cantidad prodigiosa de hormigas; nunca creyó ella que pudiesen existir tantas, no ya en su pueblo, ni en toda la tierra.

Cuando aquella columna singular llegó a sus pies, se detuvo, y una hormiga que iba delante, y que era muy gorda, se adelantó y le habló como sigue:

—Lidiana, tú estás sola en el mundo y nosotros necesitamos de alguien que nos gobierne y nos proteja; venimos a proponerte que seas nuestra reina.

—¡Pero si yo no soy hormiga!—exclamó la niña, estupefacta.

—Pero eres tan trabajadora que merecías serlo—contestó su interlocutora—. Ven con nosotras; tendrás un hermoso palacio subterráneo y muchos millones de súbditas a tus órdenes. Solamente has de comprometerte a no intentar nunca volver a vivir entre los hombres.

—Nada me retiene aquí—dijo Lidiana—. Seré vuestra reina.

La hormiga añadió con un tono solemne, todo lo solemne que puede ser el tono de una hormiga:

—Si faltaras a tu promesa e intentaras abandonarnos, nuestra venganza sería terrible.

—Cumpliré mi promesa—afirmó Lidiana—: no os abandonaré nunca. Vamos.

Y siguió a las hormigas hasta el palacio que habían edificado para ella en una montaña vecina.

¡Qué habilidosas obreras tenía Lidiana por súbditas! No se cansaba de admirar su labor prodigiosa; mil galerías se cruzaban en todos sentidos, yendo todas a parar a una habitación magnífica destinada a la soberana.

Esta habitación era una verdadera maravilla: figuras que el suelo estaba cubierto por una mullida alfombra, hecha con pétalos de rosa, que se renovaban diariamente para que estuvieran siempre frescos y olorosos, y en los que los piecitos blancos y desnudos de la reina se hundían hasta los tobillos.

El colchón de la cama estaba relleno con polen de

—Reina—decían—, nos acecha un peligro horrible; hay en la montaña unos hombres muy malos que destruyen nuestro palacio; ya se han hundido varias galerías.

—No os apuréis—dijo Lidiana, siempre tranquila—; yo lo arreglaré.

Y por la primera vez en su vida de reina, salió a la luz del día.

Los «hombres malos» eran el hijo del rey y unos cuantos compañeros suyos, que habían ido de caza y se entretenían en hundir sus sables y sus lanzas en el hormiguero.

—¿A qué venís a molestar a mi pueblo con vuestras armas criminales?—preguntó Lidiana, con voz vibrante de indignación.

Ante aquella aparición, radiante de belleza, el príncipe quedó confuso.

—Ignorábamos—dijo—que las hormigas tuvieran tal reina. Manda cuanto quieras y te obedeceremos.

—Sólo deseo—dijo Lidiana, y su voz era mucho más dulce que antes—la paz y la seguridad para mi pueblo.

Y volvió a hundirse en las profundidades del palacio subterráneo.

Pero esto había bastado para que el príncipe se enamorara de la soberana, y al día siguiente las hormigas tornaron a despertar a Lidiana para anunciarle, con gran terror, que «el hombre malo» había vuelto y rondaba la montaña, seguramente con la intención de llevar su destrucción a cabo.

¿Qué sabían las hormigas del por qué un príncipe de cuento puede rondar una montaña, en cuyas entrañas se oculta una joven de divina belleza?

Lidiana tornó a salir, pero yo juraría que esta vez su intención no era tan sólo la de defender a sus súbditas; de sobra sabía ella que el único peligro que las amenazaba era el de perder a su soberana.

Y sucedió que el hijo del rey le pidió su mano, ofreciéndole su corazón, su trono, su vida, y un palacio más hermoso que el de las hormigas y una compañía más agradable también. Y Lidiana, ¿quién lo creyera?, aceptó.

—Esperadme mañana—dijo al príncipe—; yo huiré sin que lo sospechen mis súbditas, porque se enfadarían mucho.

¡Pobre Lidiana! ¿Acaso puede existir algún secreto para las hormigas, que en todas partes se meten y todo lo ven y todo lo oyen?

Cuando al día siguiente Lidiana quiso abandonar su cámara, se encontró con que todas las galerías estaban tapiadas; con las uñas intentó, desesperadamente, abrirse paso; pero tan pronto como abría un boquete, la tierra, llevada por miles de patitas invisibles, lo tapaba de nuevo.

Hasta que Lidiana, desesperada, gritó:

—¡Dejadme salir, hormiguitas, os lo suplico! ¡Quiero ir a casarme con el príncipe!

Entonces oyó una voz formidable—en realidad eran muchas vocécitas muy débiles, pero eran tantas que parecían una sola, tremenda—que decía con tono implacable:

—Has faltado a tu palabra. Has querido abandonarnos, y nosotros somos las que te abandonaremos a ti para tu castigo.

Luego, ya no oyó nada; las hormigas se habían ido a fundar otro hormiguero y la dejaban allí sola, encerrada para siempre en el palacio subterráneo del que juró no salir.

Nadie, ni el príncipe, que pasó todos los días de su vida rondando en vano la montaña fatal, la volvió a ver más.

Desde entonces, cuando las hormigas necesitan una reina se guardan muy mucho de ir a buscar a una niña encantadora y bella, accesible al amor y a la debilidad. Escogen cuidadosamente una hormiga negra y fea, trabajadora, eso sí, pero refractaria al amor y a la compasión... como lo son todas ellas.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



flores; telarañas finísimas, pintadas de rosa pálido y de azul celeste, formaban la colcha y las cortinas, y a modo de cuadros, alas de mariposas de diversos dibujos caprichosos y delicados matices, adornaban las paredes.

Lidiana era feliz, no por ser reina, que bien incapaz era ella de un feo sentimiento de vanidad y soberbia, sino por sentirse rodeada de afecto y veneración. Las hormigas la adoraban, pues nunca vieron su pequeño reino tan sabiamente gobernado.

Una mañana, Lidiana dormía profundamente, envuelta en un suntuoso vestido que había tejido con los hilos de seda que los gusanos regalaban a las hormigas a cambio de cortecitas de pan, cuando unos cuantos miles de hormigas entraron a despertarla con gran alboroto:

EL PREMIO DEL DOLOR

NOVELA CORTA ORIGINAL DE E. CONTRERAS Y CAMARGO

Celia era lindísima, pero con menos seso que un mosquito. No quiere esto decir que careciese de inteligencia, sino que no la usaba. Le ocurría lo mismo que con la sensibilidad. Sin duda, en las reconditeces de su corazón había ternura y disposiciones afectivas; pero no había apelado a ellas, no había hecho el menor consumo, sencillamente porque no había tropezado con nada que las despertase.

Y Antolín, su esposo, era un joven esbelto, guapo y elegante; uno de esos muchachos que se distinguen en la alta sociedad, que aunque cursó por lujo una carrera, consiguiendo sin el menor trabajo un título de doctor en Leyes, que su padre sabía a qué alto precio lo alcanzara, no se había visto precisado tampoco a inquirir si sus dotes de inteligencia, de voluntad y de sentimiento podrían serle útiles en la vida.

¿Para qué? La posición de papá, su cariño y su rumbo le ponían a cubierto de sinsabores y de escaseces mientras viviera, y le prometían una fortuna para cuando faltase.

Se dedicó, lo mismo que Celia, a la vida sin preocupaciones del gran mundo, abundante en frívolos deleites, tan variados como inútiles; porque también la linda muchacha era hija única de un matrimonio que gozaba de buena posición y que no sentía otras inquietudes que el lógico deseo de dar a Celia un buen marido.

Fueronse mutuamente simpáticos por sus prendas físicas, por su conversación, de una superficialidad tan semejante que tenía que establecer entre ambos una franca cordialidad desde el primer momento.

Antolín se prendó de la riente hermosura de Celia hasta el punto máximo que podía sentirse conmovido; un poco más carnal que espiritualmente, porque la muchacha, cuyas condiciones morales no había intentado conocer, tenía un rostro bello y unas apetecibles morbideces que se apreciaban sin sutiles dotes de observador ni de psicólogo.

También estaban bastante a la vista los atractivos de Antolín; y eran al exterior más que suficientes para que la curiosidad de Celia sintiéndose acuciada por averiguar si poseía algunos otros, como si no tuviese noción de la influencia que ejercen en la vida esas otras condiciones que permanecen ocultas hasta que la intimidad y la confianza las descubren.

Y como a los respectivos padres bastó también el mutuo agrado de los chicos para esperanzarse con una unión feliz, sintieron encantados al saber que los dos deseaban casarse, y sin más investigaciones, estudios ni consultas, dieron su aprobación al proyecto, patrocinándole con todo su entusiasmo y su cariño paternal.

Y un buen día, con la pompa mundana con que en la alta sociedad se acos-

tumbra a celebrar estos faustos sucesos de las bodas impremeditadas, Celia y Antolín uniéronse para toda la vida ante el altar mayor de los Jerónimos, por virtud de las bendiciones del propio obispo, y ante una concurrencia numerosa que auguraba una eterna luna de miel a los contrayentes, fundándose en razones tan sólidas como la belleza de la desposada y la gallardía del novio.

A una eternidad de cuatro o cinco meses redujose la sonrosada luna de miel,

del pecado que surge tentadora cuando el espíritu y el corazón en ocio levántanse movidos por el resorte de una emoción inesperada; pecado que en el hombre sólo se tilda de ligereza disculpable, mientras que en la mujer alcanza las proporciones de delito que no se puede perdonar, que abre una sima entre los dos seres, tanto más espantable cuanto que no consigue romper el lazo que anudara la bendición.

Para Celia fué una fortuna que la sacudida del dolor se interpusiese, evitando que el delito llegara a consumarse.

en este consuelo, ni acaso lo habría encontrado en el inconsciente desvío del esposo.

Mitigada la pena cuando más que el recuerdo de los seres queridos hacía pensar en ellos el luto que aún llevaba en sus ropas, la soledad y el abandono en que vivía, no obstante la cortés obsequiosidad con que Antolín disimulaba su indiferente alejamiento, volvieron a su mente las ideas pecaminosas que le dictaba el inconsciente anhelo de emociones que en el vacío de su corazón hacía surgir el fuego de su sangre, e incitada como se veía al volver a la existencia de sociedad de que estuvo apartada algún tiempo, por el asedio de los galanteadores que saben aprovechar todas las circunstancias favorables para rendir las fortalezas débiles, es fácil que el deseo de expansión íntima y cordial que necesitaba su alma, más que el lógico impulso de saciar el apetito de los sentidos, hubiesen determinado la fatal caída si de nuevo la Providencia no se hubiera interpuesto para salvarla, por virtud de otro dolor que, por fortuna para ella, era de los que dignifican y engrandecen a las que los sufren, aun a aquellas que lo soportan al margen de la licitud.

Celia, que desde que sintió en sus entrañas el fruto tardío de aquel amor indiferente, agitarse la vida que su propia sangre daba a otro ser, vió cómo nuevas ideas y nuevos afanes redentores alejaban de su mente los malos pensamientos y convertían en grata sumisión las rebeldías y en resignada placidez sus rencores celosos, así que gozó el dolor santo de la maternidad y tuvo entre sus brazos al ser que altera vida, sintiéndose plenamente dichosa con el nuevo e incomparable amor que exigía todas sus ternuras, el raudal íntegro de sus sentimientos, las preocupaciones de su mente para el cuidado de aquella vida, que ya juzgaba aún más preciosa que la suya.

He aquí cómo fué de nuevo el dolor, que siempre tiene algo de sublime, su tabla salvadora.



no obstante los vaticinios de los expertos convidados.

Transcurrido este tiempo, la indiferencia que se acentuaba de día en día cuando no existe entre los que se unieron otro lazo más firme que el que anudó la trémula mano del sacerdote. El hastío de un vivir sin objeto, sin emociones, sin preocupación; llano como erial sin límites, monótono como la llanura sin cultivo.

Y en el aburrimiento, en la esterilidad de esa existencia sin ondulaciones de alegrías y de inquietudes, él, que busca la distracción fuera de la casa; ella, que tiene que recurrir al visiteo, a la fiesta, al ejercicio de la caridad elegante, que ofrecen grato pasatiempo, en que las horas se deslizan casi insensiblemente.

X. En ese divorcio espiritual, la idea

En el prólogo del pecado la contuvo el seco golpe de la adversidad, que abría una válvula por la que podían desahogarse sus sentimientos contenidos y cambiaba rudamente el tortuoso rumbo de sus ideas.

La muerte de sus padres fué el lance-tazo que tuvo la virtud de salvarla. Las preciosas vidas que sucumbieron, una tras otra, en corto espacio, fué el doloroso precio que el Destino puso a su redención.

Pero si aquel sufrimiento tuvo la virtud de librarla de la caída, no la curó de su desencanto, porque ni aun con ocasión tan propicia llegó a encauzarse hacia el afecto conyugal, buscando en él alivio a su pena, la corriente de sentimiento que desbordara el íntimo dolor. Ni su irreflexivo magín la hizo pensar

Ya para ella todos los sufrimientos que pudiesen sobrevenir no habían de tener importancia; la vida, la salud de aquel ser, el cariño inmenso, mayor cada día, que en su corazón despertaba dulcísimas emociones, gratísimos estremecimientos; el sonreír del ángel, las caricias de las manitas tiernas, compensaríanla con creces de todas las contrariedades y dolores que pudieran caer sobre ella.

Para Antolín aquella novedad no fué bastante a sugerirle hondas emociones que le atrajeran al hogar, apartándolo de sus frívolos entretenimientos en que dilapidaba sus recursos y ponía en peligro su no muy firme resistencia física.

En esta situación de mutuo olvido, de aislamiento que no impedía la existencia en común, en que unidos aparente-

mente hacían cada uno su vida aparte, sin otra relación que la que imponen las costumbres y los deberes de la cortesía social, deslízase el tiempo, más gratamente para Celia, que al menos tenía una dulce misión que cumplir con el asiduo cuidado de su hijo; un deber nada penoso y que, absorbiendo sus potencias, no la permitía entristecerse por el abandono ofensivo e injusto en que el esposo la dejaba, y que hiriendo su orgullo y su vanidad de mujer bella y apetecida hubiesen disculpado una ligereza de las que su inquietud inconsciente había puesto a punto de cometer.

La sorda irritación que le causaba a Antolín el ver cómo sus recursos iban disminuyendo con una rapidez alarmante; su incapacidad y su abulia para poner remedio a la ruina que fatalmente le amenazaba, sólo servía para poner sus nervios en constante excitación y para tenerle, por consecuencia, en un estado de mal humor perpetuo, pronto a exacerbarse a la más leve contrariedad.

No permitiéndole su amor propio la confesión sincera de sus culpas, y menos la de los efectos que produjeran, y habiendo llegado la situación a límites de apuro y de dificultad, que pronto descubrirían a la esposa sus dilapidaciones, su insensata largueza y por ende la imposibilidad absoluta de seguir viviendo como hasta entonces, su ingenio no le dictó recurso más prudente que aceptar la colaboración en los negocios, no muy lúmpios ni claros, a que se dedicaba uno de sus compañeros de Círculo y que en diversas ocasiones le propuso que compartiera, interesándole en los beneficios, a cambio de que él le prestara el crédito prestigioso de su nombre y de su aparente posición.

Eran en realidad especulaciones de préstamo usurario que Germán Fernández, uno de esos vividores sin escrúpulos, que con su elegancia en el vestir y su don de gentes encubren la ruindad de sus sentimientos y de sus ideas, y cuyos campos de operaciones están en torno de las mesas de juego de los grandes Casinos, efectuaba al margen de la ley, aprovechándose de los apuros en que el *bacarat* y la ruleta ponía a sus adeptos, quienes, en la obsesión de recuperar lo perdido o de obtener compensaciones que nunca llegaban, vacilaban en firmar pagarés por doble suma de la que en el acto recibían, y aun en suscribir un documento falso que, de no cumplirse las condiciones en él estipuladas, podía conducirlos a la cárcel.

Claro que Germán, cuando expuso a su socio la índole de sus empresas mercantiles abusando de su desconocimiento en tales asuntos, supo dardarle de tal modo la pildora que Antolín no pudo siquiera imaginar que todo aquello estuviese previsto y severamente penado por las leyes.

Pactadas las condiciones del negocio y firmado el documento en que la sociedad se constituía, no tuvo necesidad de preocuparse Antolín por la marcha de aquella industria. Ya se cuidó Germán de hacer público aquel consorcio que, por virtud del nombre y de la condición del que con él lo compartía, presentábase a los clientes con un aspecto de legalidad de que antes careciera, y como las utilidades eran cuantiosas y en el reparto correspondían a Antolín sumas importantes, resuelta la situación, pudo volver a su vida de frívolos goces que le devolvieron el optimismo y el buen humor.

Atrevióse entonces a confiarle a Celia lo que antes le ocultara, y con ciertos aires de vanidad le expuso cómo por virtud de aquella asociación había resuelto la vida. Estaba satisfecho. Ya no era lícito decir de él que no era apto ni útil para nada. A Celia le sorprendió mucho descubrir aquellas insospechadas dispo-

siciones de su marido para el trabajo, y hasta llegó a pensar si no sería injusto el concepto desfavorable que de él tenía y por ende la escasa estimación que le inspiraba.

A muchos de los consocios de Antolín no les pareció bien que se hubiese unido con el vividor de Germán, al que se toleraba en el Casino, considerando sus faenas como un mal necesario, pero sin que gozase de estimación ni de afectuosas amistades. Los más escrupulosos en estas cosas de la honorabilidad apartáronse de Antolín, rehuendo su trato; otros, sin darle al hecho tanta importancia, siguieron tratándole como siempre, y sólo uno, Adolfo Cuenca, su camarada de la niñez, cuya amistad databa de los días lejanos en que compartieron travesuras y estudios en la pensión en que ambos se educaron y no se había interrumpido después, tuvo la franqueza, movido por la confianza que los unía, de hablarle del asunto, haciéndole ver la mala impresión que había causado y los peligros a que pudiera exponerlo aquel consorcio.

Pero Antolín, seducido por las utilidades que de él sacaba, no quería ver tal peligro, y como Adolfo no era hombre de ideas consistentes, ni se preocupaba con seriedad de cosa alguna que no fuera su vida regalada y alegre de soltero egoísta, ni pensó más en el asunto, ni volvió a tratar con su amigo del enojoso tema.

Es más, como era de los pocos que frecuentaban intimamente su hogar y su mesa, cuando la mujer de Antolín le interrogó, curiosa, acerca de los negocios a que su marido se dedicaba y de los que nunca llegó a enterarse por las ambiguas explicaciones que le diera, quiso evitar el disgusto de que los conociese y le aseguró que lo ignoraba, aunque creía que eran bastante lucrativos.

Este bueno de Adolfo Cuenca era un pez de cuidado. Hombre de mundo, especialmente del mundo de la galantería, que proporciona los fáciles goces del amor que a nada serio compromete, alardeaba de ideas propias, y una de las más peregrinas de cuantas expuso a la curiosidad de sus amigos y le dieron fama de original, era la de que no había goce comparable con el de la gratitud femenina, que se consigue únicamente por virtud de la generosidad que se tiene con las que otorgan sus favores.

Ser amado por las prendas personales de que uno estuviere en posesión era vulgar, impropio de los privilegiados de la fortuna, de los espíritus selectos. Para Adolfo era más grato hacerse querer por sus dádivas espléndidas, que es lo que más agradecen de momento las hermosuras de esa sociedad a que él se refería y de lo que guardan memoria más duradera.

En cuanto a la virtud, el escaso conocimiento que del vivir familiar tenía no le permitió nunca formar un exacto concepto, y opinaba que en la mayor parte de los casos era cuestión de cantidad. Es decir, que una virtud incommovible ante una oferta escasa, podía vacilar y aun rendirse ante la que le prometiese la fortuna que proporciona todos los lujos.

También sobre los deberes que impone la amistad tenía ideas propias, completamente en pugna con las que ordinariamente se sustentan. No creía que obligase a un exagerado respeto a la mujer del prójimo, aunque éste fuese amigo, si era apetitosa y se mostraba dispuesta a dejarse querer por alguno más que por su legítimo dueño.

Seguro de la licitud de sus teorías, encontraba perfectamente compatible ser amigo de Antolín y apetecer los sugestivos encantos de su esposa, tanto más des-

caradamente cuanto que por él mismo conocía el poco aprecio que le inspiraban.

Si Celia se hubiese mostrado bien dispuesta, no hubiese sentido el menor escrúpulo conquistándola. Lo lamentable era que ni a sus insinuaciones en tal sentido, ni a la franca exposición de sus teorías, habíase mostrado conforme la mujer de Antolín desde que la maternidad dignificó sus pensamientos.

Pero también pensaba Adolfo que en estas cosas influyen mucho las circunstancias, la oportunidad, el momento propicio, y que no era insensato creer que éste surgiera, dadas las condiciones de carácter, el género de vida y el poco seso de su amigo.

En efecto; un buen día, Antolín recibió una desagradable sorpresa. La visita de un funcionario judicial que le invitaba a comparecer ante el Juzgado, con motivo de una denuncia que contra la Sociedad a que pertenecía formulara un cliente.

Germán, que conoció a tiempo el percalce, había desaparecido, dejando a Antolín, que desconocía el asunto, en las astas del toro.

Fue detenido. Compareció ante el juez y, escuchada su ambigua declaración, dispuso éste su procesamiento, sin perjuicio de la busca y captura de su cómplice.

A Antolín se le cayó la casa encima, y cuando Celia supo lo ocurrido por boca de su esposo, que pudo lograr que le permitieran ir a su casa, acompañado por los agentes que habían de conducirle a la cárcel, por primera vez aquellos dos seres sintieron estremecido su corazón por un sentimiento profundo que hacía vibrar todas sus fibras.

Fue el primer beso apasionado que dió a su esposa, fueron también las primeras lágrimas que nublaron sus ojos al acariciar al hijo, que le miraba con medrosa curiosidad, sin comprender el sentido de aquella despedida.

Y los días siguientes fueron de amarguísima desesperación, de martirio insufrible para el pobre Antolín, que, sin explicarse claramente la causa, veíase privado de su libertad, recluso entre las cuatro paredes de una celda, que le parecía más sórdida recordando el confort de su casa y de los salones del Casino; solo las veinticuatro horas del día, que pasaban minuto a minuto, con una lentitud desesperante, sin posible comunicación hasta que el juez lo permitiera.

Al tercer día de hallarse preso, sin recibir otra visita que la del funcionario de la ley, supo que la incomunicación había sido levantada, y a poco le dijeron que podía hablar con su esposa, que había ido tres veces a la cárcel sin conseguir que la permitieran verlo.

La entrevista conmovió tanto a Celia y a Antolín, que durante algunos minutos no hicieron mas que contemplarse, con los ojos arrasados en lágrimas, porque ninguno de los dos podía hablar.

Después, cuando lograron recobrase, dijeron cosas que nunca habíanse dicho, tan apasionadas, tan tiernas, que ellos mismos extrañábanse de sentir las y de escucharlas.

—Mira, Antolín—dijo Celia, venciendo su emoción—. Te traigo una buena noticia: me ha dicho el juez que mediante fianza podrás salir de aquí.

—Pero exigirá una suma que no poseo.

—Quince mil pesetas, nada más.

—Entonces no podré salir hasta que se vea la causa, si es que no me condenan.

—¿Cómo que no?... ¿Pues no tenemos esa suma?... Se vende lo que sea preciso; yo empeñaré todas mis alhajas...

—Ni aun así; no te hagas ilusiones... Es imposible reunir todo ese dinero.

—Déjame. Ya verás como yo lo reúno. No consistiendo en otra cosa tu libertad, muy pronto estarás libre.

Y él, aunque tenía la certidumbre de que el optimismo de Celia se estrellaría contra la fatalidad despiadada, quedóse dulcemente consolado al verla marchar, cuando el vigilante advirtió que había transcurrido el tiempo concedido y ella tuvo que irse, con el semblante acongojado y los ojos húmedos.

Ya en el calabozo, pensó, y fueron todas sus ideas de un orden tan opuesto a sus frívolos pensamientos de antes, que él mismo no acertaba a darse cuenta de su transformación. Su mujer, su hijo y su hogar fueron desde aquel instante su idea fija. ¿Cómo hasta entonces no se había fijado en que su esposa era una mujer tan bella como afectuosa?... ¿Cómo no había sentido un amor entrañable por la criatura a quien había dado el ser?... El orden, la tranquilidad de su casa, ¿cómo no le pareció nunca tan apetecible como ahora?

Era un raro fenómeno que la sacudida del dolor le hiciese sentir de tan opuesto modo a como antes sintiera.

Bastó un aviso por teléfono para que Adolfo se presentara puntualmente en casa de su amigo. Conocía el suceso y pensó que la oportunidad había llegado. Disponíase a visitar espontáneamente a Celia para ofrecerle su ayuda y su amistad, cuando la llamada telefónica, la voz tremante de la joven, su ruego angustioso para que fuese a verla, hicieronle sonreír con gesto maquiavélico.

Lo recibió Celia en su gabinete, nerviosa y agitada.

—¿Sabe usted lo que ocurre?

—Lo sé y no me sorprende. Ya le dije a Antolín, cuando me participó que se había asociado con ese granuja de Germán, que me parecía peligroso.

—¿Pero usted cree que mi marido tiene culpa?

—Creo que no. Que ni siquiera sabía de qué negocios se trataba. Germán buscó en él un nombre y un prestigio que amparase sus truhanerías; le aseguró que su calidad de abogado y sus relaciones eran lo único que le había hecho pensar en proponerle la asociación, y Antolín dejóse coger en la trampa.

—Yo estoy consternada, enloquecida, amigo Adolfo... Me ha dicho el juez que para dejarle en libertad se ve precisado a exigir una fianza enorme. Apelando a todos los recursos, vendiendo o empeñando mis joyas, no logro reunir esa suma. Y he pensado que sólo usted, su mejor amigo, podría sacarnos de este apuro. Ya sé que es pedirle un favor al que no me da derecho nuestra amistad; pero es para un caso tan importante y tan urgente...

—Para las ocasiones son los amigos. Lejos de parecerme abusiva esa petición, me honra y me alegra, porque viene a demostrarme una confianza que no creí merecer. Usted ya sabe que no esa bagatela, un verdadero sacrificio haría yo gustoso por serle grato. No tiene usted que disculparse, sino decirme lo que necesita.

—No esperaba menos de su generosidad. Le quedaré agradecida eternamente...

—¡Bah!... No hablemos ahora de gratitudes. No merece la pena. ¿Qué cantidad es la que precisa?

—Un horror... Tres mil duros.

—No se preocupe, ni apele a sus recursos. Disponga de la suma íntegra.

—¡Gracias, Adolfo; muchas gracias!... ¡Es usted muy bueno!

—¿Necesitará usted esa cantidad con urgencia?

—Sí; claro. ¿No podrá ser, sin duda?...

—Sí. ¿Cómo no?... Esta misma noche puede estar en sus manos.

LIBROS RECIBIDOS

Das Metall der Toten, traducción alemana de *El metal de los muertos*, de Concha Espina. — La triunfante expansión por el mundo de la literatura española contemporánea, ha dado un paso de gigante con el éxito verdaderamente extraordinario obtenido en Alemania por la novela cumbre de nuestra insignie novelista Concha Espina, vertida correctamente al alemán por la culta escritora Felicia Pausselius. Algunas críticas que extractamos a continuación, aparecidas en los principales rotativos tudescos, darán una idea del triunfo que con Concha Espina y su obra han conseguido las letras españolas. *Freiheit*, Düsseldorf: ... de tal manera, que *El metal de los muertos* ha de contarse entre las apariciones literarias del mundo artísticamente perfectas. — *Berliner Börsen Zeitung*: ... de una claridad en la plástica y una finura en la observación tal, que sólo raramente encontraremos algo semejante en las obras maestras de la literatura de todos los pueblos. — *Wormser Volkszeitung*: ... la aparición de esta novela en alemán ha colocado a Concha Espina entre nosotros como uno de los talentos más fuertes de la literatura internacional. — *Märkische Volksstimme*: ... podremos colocar el nombre de Concha Espina al lado del de Tolstoi. — *Nachrichten für Stadt und Land*, Oldenburg: ... un prodigioso cantar cósmico de la Tierra... De la genial española se encuentra en preparación otra novela: *La esfinge Maragata*. — *Neckarzeitung*: ... en realidad posee España en esta predestinada visionaria, que ha sabido mirar, trémula, en las entrañas palpitantes de la tierra y que crea almas y formas con tonos y matices milagrosos, un poeta de influencia mundial... un acontecimiento poético y humano de eternidad.

De tal manera se ha hecho ya popular en Alemania la traducción de *El metal de los muertos*, que el periódico socialista *Die Freiheit*, de Düsseldorf, abrió un concurso público para discutir la parte doctrinal de la novela.

Páginas desconocidas, de Gustavo Adolfo Bécquer. — Fernando Iglesias Figueroa, el notable poeta, con meritisima constancia en su labor de sacar de la oscuridad y el olvido toda la obra de Bécquer, acaba de publicar un segundo volumen de *Páginas desconocidas*, del exquisito poeta sevillano, inmortal autor de las *Rimas*. En este libro se nos da a conocer un nuevo aspecto de Bécquer: el de crítico literario y político. «Páginas tan espontáneas y jugosas, como dice Iglesias Figueroa en un bello prólogo, que Figaro las hubiese firmado con orgullo.»

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

Últimas publicaciones de gran éxito:

	Pesetas.
JOSÉ FRANCÉS:	
Dos hombres y dos mujeres, novela.	5
GUTIÉRREZ-GAMERO:	
El corregidor de Almagro, novela.	4
HERNÁNDEZ CATÁ:	
Una mala mujer, 2.ª edición, novela.	5
PÉREZ DE AYALA:	
A. M. D. G., la vida en un colegio de jesuitas, novela.	5
VERLAINE:	
Carlos Baudelaire.	4
GUIDO DA VERONA:	
Yvelise, novela.	5
YESARES:	
Manual del mecánico electricista.	5

EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y ESTACIONES
Concesionarios de venta: RIVADENEYRA
GRAN VÍA, 8 Y 10

—¿No puede usted imaginarse la alegría que me proporciona, la gratitud que le guardaré!

—Lo único que siento es no poder dársele en este instante. No llevo encima ese dinero, ni mi talonario de cheques, y como no pude imaginar...

—Enviaré a la hora que usted me indique...

—Oiga usted, Celia. Estos pequeños favores se hacen siempre con gusto. Mucho más a las mujeres como usted, pero a cambio de alguna recompensa. Si viviéramos en un mundo menos egoísta yo no me hubiese atrevido a decirle a usted esto... pero estoy contaminado de ese egoísmo... No es culpa mía.

—No le comprendo a usted. Su ofrecimiento demuestra lo contrario... que usted se halla limpio de esas bajas pasiones.

—No, por desgracia. Sucumbo a ellas, y va usted a convencerse. A cambio de ese insignificante favor que yo le presto, mi egoísmo se atreve a pedirle a usted otro mucho mayor.

—Diga usted, diga. Porque no acierto a comprenderle. ¿Qué favor puede usted necesitar de mí? Siendo de los que puede prestar una mujer en mis condiciones, cuente con que está concedido.

—En su mano está y es de los que puede conceder una mujer en sus condiciones, sin riesgo alguno, cuando se confía a un caballero como yo.

—¡Acabe usted, porque me inquieta su ambigüedad!

—En vez de enviar a mi casa por esa suma, yo le pido el favor de que vaya usted misma a recogerla.

—No pase usted cuidado. La persona que enviaré es de toda mi confianza.

—Veo que no me ha comprendido. Yo no dudo de que llegaría a sus manos. Pero es que quisiera darme el gusto de ser yo mismo quien la depositara en ellas.

—¿Si no es más que eso!

—Es algo más... Es...

—¡Hable, por favor!... ¡Esas vacilaciones están haciéndome temer algo que no quisiera imaginar!

—Pero, amiga mía... ¿Usted no se ha dado cuenta de la índole de sentimiento que siempre me inspiró?... ¿No ha pensado usted que su hermosura ha despertado en mí una de esas pasiones a las que uno está dispuesto a sacrificarlo todo?... Eso que usted me pide no representa nada para lo que yo estaría dispuesto a darle, si usted correspondiese a mi cariño. Cuanto usted ambicione, cuanto yo tenga, suyo es...

Celia se levantó temblorosa, pálida, y con voz insegura, pero con actitud decidida, le dijo:

—Adolfo!... ¡Salga usted!... ¡Haga el favor de marcharse inmediatamente!

—Pero, ¡amiga Celia!

—¡Ni una palabra más, se lo ruego! Rechazo su generosa oferta. Puede usted guardarse su fortuna para ofrecérsela a otras mujeres que serán capaces de aceptarla. Yo no compro mi bienestar, ni la libertad de mi esposo, por la que haría los mayores sacrificios que una mujer honrada puede hacer, con una traición, con una infamia.

—No se altere, se lo suplico...

—Creí apelar al amigo de mi esposo, al caballero capaz de un acto de noble abnegación, para impedir la desgracia de unas personas con cuyo íntimo afecto decía honrarse. No es así... Es inútil que hablemos. Le suplico que se marche y que no vuelva más por esta casa.

—Déjeme usted hablar, amiga mía. Disculparme, al menos...

—¿Para qué?

—Reconozco que he cometido una torpeza, una descortesía...

—¡Una deslealtad!

—Convenido. Pero el hecho de que usted me inspire una pasión que me tras-

torna, que me hace ser insensato, no puede considerarlo usted una ofensa. Si perdí la razón, me disculpa la causa. Yo le pido que me perdone.

—Bien; perdonado.

—Y le ruego que dé usted por no dicho lo que le dije.

—Lo olvidaré.

—Y ya que se muestra tan generosa y que le debo el haber conocido una emoción nueva, la que me inspira su lealtad, sus nobles sentimientos, la honrada firmeza de su carácter, condiciones que no conocí en mujer alguna, no me niegue usted otro favor que le pido humillado: acepte usted esa suma.

—¡No! Ya no es posible.

—Se lo suplico. Yo nada le dije de amor...

—Como que no es cierto.

—No lo es. Tampoco le pedí que fuera usted a mi casa.

—¿Como que era una indignidad!

—Usted me devuelve el afecto, la confianza que antes de esta torpeza, de esta locura, le merecía, y sólo por devolver a su marido la libertad, porque yo contribuya a este acto generoso que puede limpiarme de mi culpa, acepte ese dinero.

—¡No!

—¡Celia, se lo pido a usted por la tranquilidad de mi conciencia! Porque por primera vez en mi vida observo que produce un goce extraordinario hacer el bien desinteresadamente. Tenga usted piedad y no me prive de esta satisfacción. Mire usted que el arrepentimiento y la vergüenza por mi felonía no me dejarán reconciliarme conmigo mismo...

—¿Es cierto lo que me dice usted?... ¿Se arrepiente de haberme propuesto aquella infamia?

—¡Con todas las fuerzas de mi ser!

—Entonces... olvido y perdón.

Le tendió la mano. Adolfo la cogió y puso en ella un beso respetuoso, notando que le conmovía una emoción extraña, intensa y dulce que jamás sintiera y que parecía ennoblecerle en su propio sentir.

La noticia de su libertad produjo una alegría indescriptible al infeliz recluso; pero cuando conoció, por boca de su misma mujer, los medios de que se valiera para conseguir la suma que el juez exigía como fianza, aunque Celia nada le dijo de la infame proposición de Adolfo, la alegría de Antolín se convirtió en una inquietud, en una incertidumbre angustiosa.

Conociendo bien a su amigo, tenía que imaginar que su largueza no se inspiraba en un afecto desinteresado, ni en un noble impulso de bondad, sino en algún propósito que podía comprometer su decoro y amenazar el sosiego de su vida.

Ese vago presentimiento producía una mortificación dolorosa. Levantábase airado en su corazón un sentimiento desconocido para él, de odio hacia su amigo, de sordo rencor que encendía la duda hacia su mujer. Celos, unos celos que al hacerle sufrir le descubrían que la esposa a quien desdeñara no le era indiferente como él creyó. Ya de esto habíase convencido en los días de cautiverio, cuando su desdicha le hizo temer que su reclusión fuera larga y que durante ella la esposa, que tan escasa felicidad tenía que agradecerle, abandonaría a su desventura, buscando en otro afecto más efusivo el sostén de su vida y la felicidad que él no supo darle.

Pensaba en el hogar como en un refugio piadoso y santo, en el cariño de la esposa y en las caricias de la criatura como en un dulcísimo consuelo para sus penas, en una compensación amorosa para sus sufrimientos, de que su ser, estremecido por la desdicha, sentíase necesitado, y que era el primer anhelo de su alma dormida al despertar.

¿Sería tan desventurado que un fatal designio haríale pagar al precio de su desilusión y de su infortunio las culpas de su ingratitud, de su egoísmo inconsciente?



Al estrechar apasionadamente a Celia entre sus brazos, al besar a la criatura adorable, que ahora le parecía más bella, más suya, sintió por un momento que el martirio de sus incertidumbres cesaba.

¿No era posible que su mujer hubiera comprado su libertad comprometiendo su decoro?... Al mismo tiempo otra idea contraria venía a torturarle de nuevo cruelmente: «¿Aún tendrías que agradecerse, puesto que si lo hizo fué por salvarte!» Pero es que él hubiera preferido cien veces el tormento de la reclusión al que le producía pensar en que Celia le hubiese sido infiel.

Y necesitaba saberlo y no se atrevía a preguntarle por temor a la horrible certidumbre. Y teniendo en sus brazos a Celia, con el anhelo, con la alegría del que ha recobrado el bien perdido, que no supo exactamente lo que suponía para él hasta que lo vió desvanecerse, la miraba a los ojos con tenaz fijeza, queriendo descubrir el secreto oculto.

Pero su mirar era tan sereno, había en su sonreír tan franca alegría, que la duda cruel deshacíase poco a poco, no sin dejar un sedimento de tristeza en su corazón, que ganaba terreno en la lucha con el optimismo a que deseaba aferrarse.

Celia, con esa instintiva perspicacia de las mujeres, adivinó el pensamiento que martirizaba a su esposo; hasta llegó a comprender la lucha que sostenía en su cerebro, y que era la vergüenza de sí mismo, la convicción de su propia culpa y el miedo a la realidad desconsoladora lo que cerraba sus labios, impidiéndole satisfacer aquella mortal ansiedad.

Y abrazándole tiernamente y acariciando su cabeza, díjole con la voz mimosa, con el acento dulce con que se consuela a los niños:

—Tonto!... No te atormentes más... desecha esos pensamientos que te hacen sufrir. Yo no he tenido que enajenar otra cosa que nuestra gratitud. Puedes besar mi frente sin mancha y mis labios tan puros como mi frente.

Y entonces él, vencido, emocionado, cayó de hinojos ante ella, se abrazó a sus rodillas y, al mismo tiempo que dejaba escapar los sollozos que ya no podía contener, sintió una extraña y confortable alegría, un sincero arrepentimiento, un ansia de amar y de agradecer que parecía salir de su alma en el hondo suspiro que de ella se elevó hacia las alturas en que se recogen piadosamente estos anhelos redentores.



Cuando se vió el proceso ante el Tribunal de justicia, el abogado defensor de Antolín supo demostrar la inocencia de su defendido, tan hábil y elocuentemente, que fué absuelto, y recobró con la libertad definitiva el reposo de su conciencia.

Y como la brusca sacudida de tantos sufrimientos hizole pensar seriamente en su pasado y en su porvenir, que era bien sombrío ahora que anhelaba para él tanta luz, recurriendo con firme voluntad a las buenas relaciones que conservaba logró encauzarse por derroteros más firmes y seguros, obteniendo un destino que le prometía una existencia decorosa.

El amor a Celia y al hijo, que antes no había logrado conmoverle, fué, desde aquellos días en que el dolor tuvo la virtud de hacerlo surgir, el anhelado premio.

E. CONTRERAS Y CAMARGO

Ilustración de BARTOLOZZI.

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

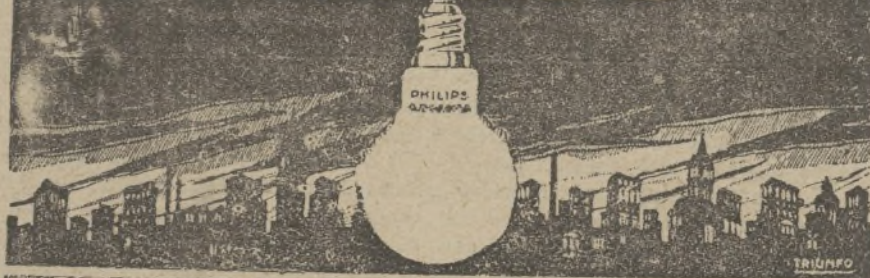
Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



ULTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



ARGENTA

Luz mas hermosa y mas decorativa para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: ADOLFO HIELSCHER, S. A.

Almacén de material eléctrico

MADRID: Calle del Prado, 30. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS — ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRAVIA, 2. Teléfono J 2.251

QUIOSCO

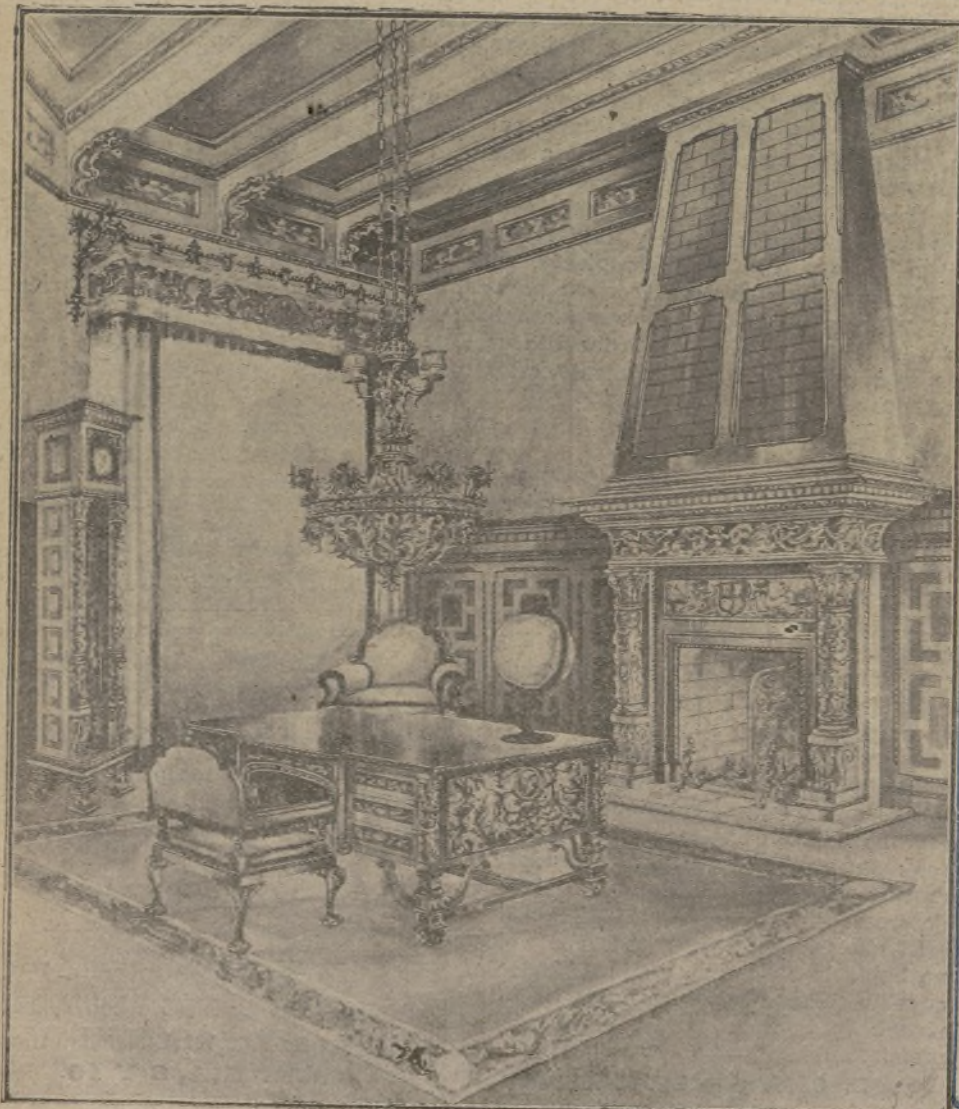
EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALA

ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

EXPOSICIÓN DEL MUEBLE Y DECORACIÓN DE INTERIORES EN BARCELONA



Suntuoso despacho de auténtico estilo Renacimiento español, construido por la Casa **MANUEL LÓPEZ, Serrano, 17, Madrid**, que es la admiración de cuantas personas desfilan ante él, comen-
tando su mérito artístico y el refinado gusto de tan conocido constructor de muebles.

